

ardía en su interior; el afecto que se pintaba en todas sus facciones, el sonido dulce y tierno de su voz, lleno de compasión para las miserias del hombre; la unción con que contaba lo mismo las divinas misericordias que las esperanzas de la vida futura, las alegrías de la buena conciencia, ó los saludables terrores del juicio de Dios y el rigor de sus venganzas, lo que mezclaba en sus discursos con una sabia templanza, penetraban hasta el fondo de las almas obstinadas, hiriendo la fibra del arrepentimiento y encendiendo en las tibias el fuego sagrado. Parecía al verle, dice un testigo (1), que se veía un serafín abrasado en el amor de Dios, y todo su aspecto revelaba que había en su corazón un horno de amor. Cuando predicaba en presencia de los herejes, no procuraba confundirlos sino persuadirlos, y establecía la verdadera doctrina sin manifestar atacar de frente la herejía (2); «porque, decía, »cuando ven que se les ataca, se mantienen en guardia; »y el orgullo, que teme quedar vencido, se obstina á pro- »porcion que le prueban su engaño.» Para prevenir este inconveniente, no trataba la controversia sino disfrazándola, presentaba la verdad en su ingenua sencillez con sus gracias y atractivos, tan propios para ganar los corazones rectos; y cuando parecía solo que desenvolvía su tesis, deshacía todas las objeciones, sin que pareciese siquiera que hablaba de ellas, esponiendo clara y sencillamente los principios que la desarrollaban. De aquí pasaba á los movimientos tiernos y piadosos que nacían del asunto mismo, y en esta parte del discurso era donde ponía toda su esperanza. «Después de treinta años de predicación, decía, he »notado que solo cogiendo á los hombres por el corazón se »convierten, que los discursos morales tratados con piedad y celo, son como carbones encendidos que se arrojan »al rostro de los protestantes que os escuchan; quedando »así edificados y haciéndose mas dóciles, se prestan á las

(1) Dep. de Janus.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, s. V; p. XIV, s. XVII.

»aclaraciones privadas que se les da de los puntos en los cuales difieren de nosotros.»

Por último, á estas condiciones de la buena predicación, el santo apóstol unía otra que recomendaba á todos los predicadores, y era la brevedad: «Creedme, les decía (1), que os hablo por una larga esperiencia. Cuanto »mas digais, menos se retendrá, y cuanto menos digais, »mas se aprovechará. A fuerza de cargar la memoria de »los oyentes se la abruma, á la manera que se apaga una »lámpara cuando se echa demasiado aceite, y se sofocan »las plantas regándolas demasiado. Cuando un discurso es »muy largo, el fin hace olvidar el medio, y el medio el »principio. Los medianos predicadores son admisibles, con »tal que sean cortos, y los escelentes fastidian si son demasido largos.» Poco y bueno, tal era su máxima; y la apoyaba en el ejemplo de los santos Padres, cuyas homilias son cortas pero llenas de ciencia y de doctrina.

Cuando con los discursos tan notables cuyo método acabamos de contar no obtenía la conversión, el santo prelado terminaba ordinariamente la obra en particular por medio de conferencias pacíficas y amistosas, en las que dejaba con mucha paciencia á los herejes é incrédulos que dijese á su gusto todo lo que tenían que oponer contra la religion; y cuando le llegaba á él la vez de hablar, en lugar de perder el tiempo en disputar, les esponía clara y sencillamente la verdadera doctrina sobre el punto de que se trataba, sin decir ninguna palabra que dejara entrever la controversia, haciendo resaltar por un lado las bellezas de la fe católica bien entendida, y por otro la perfidia de los ministros que la han desfigurado, cuyo medio, según la esperiencia le había hecho conocer, era el mejor para convertir á los herejes.

Si grande era el celo de Francisco por el ministerio del púlpito, no lo era menos por el tribunal de la peni-

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, sec. XXXVII; p. XVI, sec. XV.

tencia (1). Convencido que de todas las funciones del ministerio eclesiástico esta es la mas útil á las almas, consagraba á ellas todo el tiempo que le dejaban libres sus demás deberes. Todos los domingos y fiestas que no oficiaba, celebraba la Misa muy temprano para entrar en el confesonario mas pronto, y permanecía en él mientras se presentaban penitentes (2). Los demás dias, á toda hora se le encontraba pronto á recibir á los que reclamaban su ministerio. Un dia estaba ya revestido de sus ornamentos para decir Misa, y se dirigia ya al altar, cuando una pobre mujer le detiene en el camino y le pide que la confiese, lo cual le hace volver atrás, y dejando sus ornamentos oye su confesion. Cuando, como sucedia mil veces, en el momento en que se iba á poner en la mesa algunas personas le llamaban al confesonario, dejaba su comida y á toda su gente que se quejaba, y se rendia al deseo de los penitentes. Encontrándose otras veces ocupado en el confesonario en el momento en que daba la hora de comer, lo que le sucedia sobre todo en sus visitas pastorales, en las que oia las confesiones de todos los que se le presentaban, iban á decirle que la hora de la comida habia pasado. «Ya voy,» contestaba con dulzura; y luego, arrebatado por su celo, se olvidaba de lo que le habian dicho, y seguia confesando hasta que no quedaba nadie (3). Le sucedió tambien varias veces dirigirse á distancias como de dos ó tres jornadas de marcha, para oír á los enfermos que deseaban confesarse con él (4); y cuando iba fuera de Annecy á visitar á algunos amigos, parece no haber ido á aquellos lugares sino para confesar. «No me atrevo ya, decia un dia (5), á visitar á los que me honran con su afecto, porque cuando creo no detenerme en su casa mas que dos ó tres dias, me veo obligado á pasar allí toda la semana

(1) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 42 y 160.

(2) Dep. de Legay.

(3) Dep. de Daunant.

(4) Dep. del can. Gard.

(5) El P. la Riviere, p. 488.

»para oír las confesiones de la tercera ó cuarta parte de  
 »los que se presenten, y cuando es solo una noche la que  
 »debo pasar, me veo obligado á estar hasta la una ó dos  
 »de la madrugada oyendo estas benditas confesiones.»

No sabia lo que era hacer distincion de personas: una multitud de penitentes de todas clases acudia á él, y él recibia á todos con igual amor y dulzura, esceptuando á los mas pobres y repugnantes, á los que acogia con mayor ternura que á ninguno, porque, segun decia, «con estos es la caridad mas pura y verdadera.» Ni aun á los niños pequeños dejaba de prodigar su ministerio, y lo hacia de un modo tan bueno y paternal, que tenian gusto en acudir á él á menudo. Todos estos trabajos le llenaban de gozo, «porque, decia, que los confesores deben ser como los segadores y vendimiadores, que nunca están mas contentos que cuando tienen mas trabajo. ¡Qué consuelo y qué honor á la vez es, añadia, que se digne Dios servirse de nuestro ministerio para retirar del pecado á tantas pobres almas y volverlas á la vida de la gracia! Debemos estar en medio de nuestros trabajos como la madre que, despues de haber experimentado los dolores del parto, se consuela de todos sus sufrimientos con el gozo de haber dado á luz un hijo.»

Quando veia que los penitentes experimentaban dificultad en confesarse, por temor, vergüenza ó ignorancia, los ayudaba dulcemente á esplicarse, y procuraba por todos los medios abrir su corazon á la confianza. «¿No soy acaso vuestro padre? les decia. ¿Por qué temereis? Dios solo espera vuestra confesion para perdonaros. Yo ocupo el lugar de Dios, ¿por qué, pues, tendreis vergüenza de mí, que además soy un pecador? Aunque hubiérais hecho todos los males imaginables no me causaran espanto, y las faltas de mis penitentes no disminuyen en nada mi afecto.» (1) Luego les concedia todo el tiempo que deseaban para esplicarse bien, sin darles prisa para que acaba-

(1) El P. la Riviere, p. 386.

sen. Si los veía aún vacilantes y poco resueltos á decirlo todo, los alentaba con buenas y dulces palabras.

Si los veía poco contritos y mal dispuestos experimentaba un dolor tan vivo, que lloraba él primero las faltas que le confesaban, obligando de este modo al penitente á llorarlas también. Habiéndose presentado un día en su tribunal un pecador contando sus desórdenes con un tono y lenguaje que anunciaban bien claramente que carecía, no solo de todo arrepentimiento sino hasta de todo pudor y decencia (1), el santo confesor, al oírle prorumpió en suspiros y sollozos. «¿Qué teneis, preguntó el penitente? ¿acaso os sentís malo?—No, estoy bien, gracias á Dios; vos sois el que estais malo.—Yo no, estoy perfectamente.—» Pues bien, entonces continuad, dijo el santo Obispo. El culpable entonces continuó con el mismo tono su deplorable historia, y el santo confesor volvió á llorar con mas amargura. «Pero ¿por qué llorais? preguntó el penitente.—» Lloro, dijo Francisco, porque vos no llorais. A esta palabra, avergonzado de sí mismo y sintiéndose cambiado: «¡Oh, qué miserable soy! exclama el culpable; los demás confesores hacen llorar algunas veces á sus penitentes, y yo hago llorar á mi confesor. Mis pecados arrancan lágrimas al inocente, y yo, sin embargo, no los lloro.» Esta consideracion le movió hasta el punto de ir á caer desvanecido. Francisco entonces le consoló, le alentó, encontró en él disposiciones tan perfectas que creyó poder absolverlo, y desde aquel momento hasta la muerte, este hombre fué un modelo de fervor en el servicio de Dios. Nada era tan tierno como las efusiones de corazón del santo prelado, cuando habia podido atraer así á los penitentes á una sincera conversion. «¡Oh, cuánto amo vuestra alma, les decia; qué bella está ahora! Los ángeles se alegran y regocijan con este motivo. Os felicito con ellos, pero es necesario, sin embargo, que ofrezcais á nuestro Señor y á mí que no volveréis á caer.» Escuchando lue-

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, sec. X.

go con benignidad la triste relacion de sus extravíos, les recomendaba que no se dejasen dominar, ni por el amor propio que, esclavo de una falsa vergüenza, conduce á veces á disminuir la verdad, ni por un temor mal entendido de no decir lo bastante, que cree que vale mas exagerar, sino que se acusasen con candor de lo que les pareciese cierto, ó en caso de duda, lo mas aproximado á la verdad. Les recomendaba sobre todo que se confesasen, no para descargarse y aliviarse, sino para agradar á Dios y unirse con él; no por temor, sino por amor (1). Dóciles á estos consejos, todos se separaban de él con una firme voluntad de observar una vida mejor, y con el propósito de acudir á menudo á buscar un padre tan bueno; no pudiendo decirse el bien inmenso que tuvo por fruto un celo tan sabio y tan ilustrado para la direccion de las almas.

## CAPITULO XII.

Su prudencia y su sencillez.

Juntamos aquí estas dos virtudes, por la íntima relacion que las une; porque si la prudencia nos enseña á pensar, á decir ó á hacer lo que conviene en el tiempo y del modo que se debe, la sencillez la secunda, dirigiendo todas las potencias del alma únicamente á su deber, sin dejarse llevar por lo que se pueda pensar ó decir alrededor suyo. El Obispo de Ginebra poseia estas dos virtudes en grado eminente. Fué desde luego notable por su prudencia; no viéndosele nunca hacer nada á la lijera, ni con ese ardor que se turba precipitándose y ahogando la reflexion. Siempre, antes de obrar ó hablar, reflexionaba sobre lo que iba á hacer ó á decir; y siempre también que podía, pedia consejo para unir el juicio de los demás al suyo propio; y sobre todo oraba en proporcion á la impor-

(1) *El P. la Riviere*, p. 383 y sig.